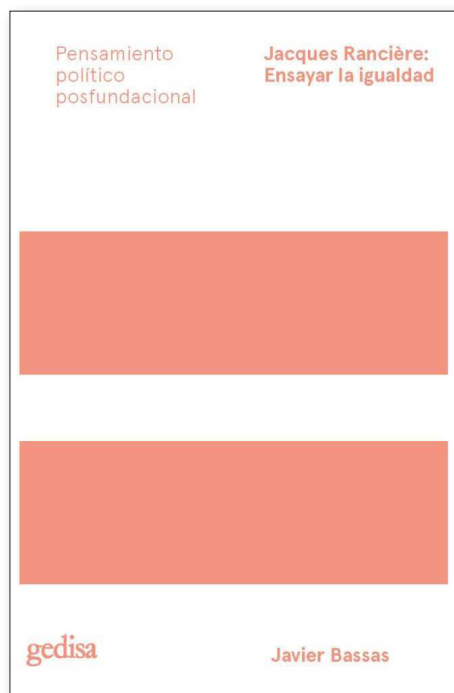


La escena frágil de la igualdad.

Escritura, ensayo y política posfundacional en Jacques Rancière

JESICA A. ORTIZ
FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES – UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN – ARGENTINA)



Reseña de Bassas, Javier,
Jacques Rancière: Ensayar la igualdad, Barcelona, Gedisa, 2019, 142 pp.

Recibida el 23 de enero de 2026 –
Aceptada el 20 de febrero de 2026

Pensar la igualdad, en el sentido que le da Jacques Rancière, no consiste en formular un principio normativo ni en anunciar un horizonte por venir. Consiste, más bien, en producir un desplazamiento en el presente: una torsión mínima –casi imperceptible– en los modos sedimentados de ver, decir y sentir. Allí donde el orden del mundo se presenta como evidente, donde lo visible y lo decible parecen haber encontrado su forma definitiva, la igualdad irrumpe como una perturbación sin garantías. No funda, no repara, no promete: interrumpe.

Es desde esa interrupción –frágil y obstinada– que debe leerse *Jacques Rancière: ensayar la igualdad*, de Javier Bassas. No como una introducción sistemática, ni como una exégesis destinada a estabilizar una obra consagrada, sino como un ensayo en el sentido más exigente del término; una escritura que piensa al borde de sus propias seguridades y hace de esa intemperie una condición de posibilidad. La igualdad no comparece aquí como objeto delimitado ni como concepto a administrar, sino como una prueba que atraviesa la escritura misma y convierte la reflexión filosófica en una experiencia situada, expuesta, vulnerable.

El libro se sostiene sobre una doble apuesta. Por un lado, una lectura rigurosa del pensamiento político de Rancière, centrada en la igualdad como operación y no como principio. Por otro, una exploración de la escritura ensayística como práctica política, capaz de suspender jerarquías entre quien enseña y quien aprende, entre autor y lector, entre teoría y experiencia. La igualdad no es tematizada desde una posición exterior; se ensaya en la escena misma del texto, en su ritmo, en sus cortes, en su negativa a ocupar el lugar cómodo del saber que explica.

El prólogo de Laura Llevadot afina decisivamente esta clave de lectura al subrayar el carácter no redentor y no teleológico de la igualdad en Rancière. La igualdad no espera la revolución ni se reserva para un futuro reconciliado. No exige que el daño se complete ni que la catástrofe alcance su punto máximo. No opera como compensación ni como promesa diferida. Es una práctica inmediata, siempre precaria, que se ejerce en el presente, en el gesto –políticamente arriesgado– de tratar al otro como igual, sin condiciones, sin títulos, sin garantías.

Para pensar esta temporalidad impropia, Llevadot recurre al cine de Rossellini y, en particular, a *Europa 51* (1952). En la figura de Irene, la igualdad no adopta la forma de una toma de conciencia ni de una conversión ideológica, sino la de un desplazamiento sensible que desarticula el orden perceptivo que organizaba su mundo. Irene no aguarda el colapso final para transformar su relación con los otros; su gesto irrumpe ahora, altera el reparto de lo sensible y desautoriza el lugar que le había sido asignado. La igualdad no se funda ni se explica; se ejerce como interrupción. Esa misma lógica –una igualdad sin espera y sin origen asegurado– recorre la escritura de Bassas, que rehúye tanto la clausura teórica como la ilusión de un acontecimiento fundador.

La inscripción del libro en la colección *Pensamiento político posfundacional* no funciona como marco externo, sino como afinidad estructural. Bassas no busca compensar la ausencia de fundamento con un nuevo principio organizador, sino habitar esa ausencia como condición del pensamiento político. Ensayar la igualdad implica renunciar a la seguridad del sistema, abandonar la arquitectura cerrada de la teoría y asumir el riesgo del ensayo; una escritura

que no se impone desde arriba, sino que se expone a la contingencia del encuentro con el lector.

Esta decisión se vuelve explícita en la *Introducción*, donde Bassas formula tres paradojas que operan como una política de la escritura. La primera “Escribir un libro para aprender e intentar saber, no para mostrar lo aprendido” (p. 16) desactiva la figura del autor como garante del saber. La segunda paradoja radicaliza este desplazamiento al impugnar el mandato académico de la explicación: “este libro no querría explicar nada” (p. 19). Rechazar la explicación implica interrumpir la lógica pedagógica que presupone inteligencias desiguales. La tercera paradoja, finalmente, remite a una política del sentido textual que busca cuestionar el consenso que privilegia “qué se escribe” por sobre “cómo se escribe” (p.32). En consonancia con Rancière, Bassas muestra que no hay pensamiento sin una forma sensible que lo exponga, ni escritura que no distribuya lugares, tiempos y voces. El texto deja de ser un medio y deviene escena, superficie de verificación siempre incierta de la igualdad.

El primer capítulo “De Althusser a los proletarios”, sitúa el punto de partida en una ruptura que no es meramente doctrinal, sino profundamente política. A partir de textos decisivos como *La leçon d’Althusser* (1974) y *La nuit des prolétaires. Archives du rêve ouvrier* (1981), Bassas muestra que el pasaje del discípulo althusseriano al investigador de los archivos obreros no puede leerse como el simple abandono de un marco teórico por otro más adecuado, sino como una experiencia de desidentificación que compromete la posición misma del filósofo y la economía jerárquica del saber. Lo que se pone en cuestión no es sólo una epistemología, sino el reparto que asigna a unos la tarea de pensar y a otros la de ser pensados.

En esa escena inaugural se abre una herida que atraviesa toda la obra de Rancière y que puede entenderse como la renuncia a toda posición de saber soberano como condición para pensar la igualdad. La palabra obrera que irrumpe fuera de lugar –robando horas a la noche para leer y escribir– no pide reconocimiento ni representación; desorganiza el orden que le había asignado trabajo, silencio y anonimato. La política aparece así no como gestión del conflicto, sino como interrupción del reparto sensible que definía quién podía hablar, cuándo y sobre qué.

En el capítulo “El desacuerdo: una igualdad sin fundamento”, Bassas no se limita a tematizar la noción rancieriana de desacuerdo, sino que la desplaza hacia una zona de máxima exigencia política, allí donde la igualdad deja de ser pensable como principio u horizonte, y se vuelve una práctica que sólo existe en acto. El capítulo insiste en que el desacuerdo no es un momento derivado de una estructura previa, ni la expresión de una identidad que busca reconocimiento, sino una operación que irrumpe sin autorización y sin respaldo. La igualdad aparece entonces desligada de toda escena originaria y de toda figura privilegiada; no pertenece a nadie, no puede ser apropiada, no se acumula. Precisamente por ello, la política se juega en una zona inestable, donde no hay garantías ni fundamentos que aseguren de antemano el sentido de lo que ocurre.

Esta concepción tiene consecuencias decisivas para la manera en que Bassas escribe y organiza el capítulo. La ausencia de fundamento no es tratada como un déficit que deba ser compensado por una arquitectura conceptual más sólida, sino como una condición que obliga a asumir el riesgo de pensar sin respaldo. La igualdad no se legitima mediante una verdad previa

ni se estabiliza en una forma institucional; su fuerza reside en su carácter no clausurable, en su capacidad de abrir fisuras siempre singulares en el consenso que pretende cerrar el espacio de lo político. En este punto, el capítulo no sólo expone una tesis, sino que la pone en práctica; la escritura rehúye la sistematización totalizante y evita colocarse en una posición de dominio explicativo. Por ello, el desacuerdo no es explicado desde afuera; es ensayado como experiencia de lectura, implicando al lector en una práctica de igualdad que no se conserva ni se garantiza, sino que se ejerce –o se pierde– cada vez.

En el tercer capítulo, “El escándalo de la democracia”, Bassas lleva hasta sus últimas consecuencias el gesto que atraviesa todo el libro: pensar la igualdad allí donde el orden político busca estabilizarse. La democracia no aparece como una forma de gobierno entre otras ni como un conjunto de procedimientos susceptibles de perfeccionamiento, sino como el nombre de una perturbación irreductible. Lo escandaloso de la democracia –tal como Bassas lo reconstruye en Rancière– no remite a un exceso circunstancial ni a una anomalía corregible, sino a la imposibilidad misma de fundar el mando. Cada vez que el poder intenta legitimarse en títulos, competencias o saberes especializados, la democracia irrumpe como una desautorización silenciosa pero obstinada; no hay razón última que explique por qué unos deben gobernar y otros obedecer.

Desde esta perspectiva, la democracia no resuelve el conflicto político ni lo conduce hacia una síntesis superadora; lo mantiene expuesto. Bassas insiste en que su eficacia no reside en la producción de un orden más justo, sino en la interrupción de los órdenes que se presentan como evidentes. El escándalo democrático se juega, así,

en escenas concretas donde quienes no estaban destinados a contar se inscriben como cualquiera, desorganizando el reparto de lo sensible que regulaba los lugares, los tiempos y las voces legítimas. No hay sujeto democrático privilegiado ni figura ejemplar que encarne la democracia; sólo gestos contingentes, siempre precarios, que verifican sin garantías la igualdad. En esta clave, la lectura de Bassas no clausura el pensamiento de Rancière en una teoría de la democracia, sino que lo expone como una práctica inestable que vuelve a poner en riesgo –una y otra vez– toda pretensión de orden definitivo.

Este libro no viene a cerrar nada. Avanza a la intemperie, como una escritura que piensa sin garantías y hace de esa exposición su consistencia. En un presente marcado por la administración técnica de la política, el retorno autoritario y la conversión del conflicto en ruido a neutralizar, *Jacques Rancière: ensayar la igualdad* incomoda porque no ofrece amparo. La igualdad no aparece como promesa ni como principio a custodiar, sino como un gesto sin título, siempre a destiempo, que sólo existe cuando se ejerce. Por ello, leer este libro hoy implica aceptar el riesgo de pensar la política como una interrupción frágil en un orden que se quiere definitivo. En ese gesto insistente se cifra la fuerza crítica de un ensayo que devuelve a la política su carácter irreductiblemente conflictivo.